CAPÍTULO VI

Él es la vida, la verdad.

I

Yo soy la vida.„ Jesús, nuestro dulcísimo Señor, es el único que ha podido decir con toda verdad que Él es la vida; la recibió de su divino Padre y la tiene en Sí mismo; y son tan abundantes las riquezas de esa vida, y su Corazón dulcísimo es tan generoso para con nosotros que nos comunica todos sus tesoros. "Por Él nos ha dado Dios—dice San Pedro—las grandes y preciosas gracias que había prometido, para hacernos partícipes por medio de éstas mismas de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción de la concupiscencia que hay en el mundo„ (1). En cierta manera nos comunica su misma vida y la hace llegar hasta nosotros en on-

(1) II Epist., I 4

das purísimas y refulgentes de luz, de gracia y de amor. La luz, El nos ha comunicado el conocimiento de su Padre; la gracia, nos lava con su Sangre preciosa de todas nuestras maldades, y el amor, nos une con El en sacrosanto y precioso vínculo de caridad.

"Ninguno viene al Padre sino por Mí„, nos dijo el Maestro de toda verdad (1); y, en efecto, ¿quién nos ha revelado las grandezas del Padre, sino el Hijo Unigénito que está en su seno? Jesús le conoce, y si dijese que no le conocía, sería semejante á nosotros, y no sería la verdad; mas Él ha venido al mundo á glorificar á su divino Padre (2), y se ha dignado manifestarnos las cosas que ha oído de ese Padre. Nos ha revelado la gloria del Excelso, diciendo que Él es menor que el Padre, menor según la humanidad, igual según la divinidad; dícenos también que Él y el Padre son una misma cosa, y realza, por decirlo así, otra vez más, la excelencia de su Padre, diciéndole estas palabras: "Yo te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste. Ahora glorifícame Tú, oh Padre en ti mismo, con aquella gloria que tuve en ti antes que el mundo fuese. Yo he manifestado tu Nombre á los hombres que me has dado del mundo. Tuyos eran y me los diste, y ellos han puesto por obra tu palabra. Ahora han cono-

(1) Joann., XIV, 6.
(2) Joann., XV, 15.

cido que todo lo que me diste viene de ti, porque yo les di las palabras que Tú me diste, y ellos las han recibido y han reconocido que verdaderamente Yo salí de ti, y han creído que Tú eres el que me has enviado„ (1).

He ahí la enseñanza de Jesús con relación á su divino Padre. ¡Cuánta grandeza la de este dulce Padre! Y de Él salió y eternamente sale su Hijo Unigénito, que todo lo recibe de su adorable principio, cuya fecundidad es infinita.

El Padre, á la luz de la enseñanza divina que nos da Jesucristo, se nos descubre, no sólo con una grandeza divina y adorable, sino también con una bondad infinita; ha enviado á su Hijo Unigénito, á su eterna Palabra, á enseñarnos quién es el Padre y á decirnos que ha amado al mundo en tanto grado, que quiso darle á su mismo Hijo para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues este Hijo no ha sido enviado por el Padre para condenar al mundo, sino para que éste se salve por medio de aquel Hijo (2).

En este amor divino que el Padre nos tiene y que nos ha revelado por la Encarnación de Jesucristo, ¿cuántas grandezas y Misterios de suavidad y de dulzura se nos descubren en la enseñanza de nuestro Señor? Lleva ese Padre, si así podemos expresarnos, un Corazón dulcísimo y que rebosa de bondad y gracia. Á pe-

(1) Joann., XVI, 4-8.
(2) Joann., III, 16 y 17.

sar de todas nuestras culpas, no somos condenados sin remedio, que éste lo halla Dios en sus mismas entrañas. "Por estas entrañas misericordiosas, nuestro Dios—decía en otro tiempo el padre del Bautista,—ha hecho el Señor que ese sol naciente, su Hijo Unigénito, viniese á visitarnos desde lo alto del cielo, á fin de visitar á los que se hallan envueltos en las tinieblas y en las sombras de la muerte, para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz„ (1). Si los pecados de los hombres merecían los castigos de la Justicia divina, Dios halló, en su infinita sabiduría, en su bondad amabilísima, un medio por el cual aquella justicia quedara satisfecha y su misericordia enaltecida, manda al mundo á su divino Hijo, y lo entrega á la muerte por nuestra salud. ¿En dónde está el Padre que así pudiese amar á un hijo desgraciado? Hemos dicho hijo, mas el hombre separado de Dios por sus culpas, ¿pudiera llamarse hijo de Dios? Y Dios no perdona, sino que entrega á la muerte á su propio Hijo, objeto de sus divinas complacencias, y á quien ama con eterno y soberano amor...

La sola luz, no es la plenitud de nuestra dicha; necesitamos, además, que la gracia purifique nuestros corazones, y Jesucristo la derrama en ellos por medio de su Espíritu. Cuando en las santas Escrituras nos dice el Señor: "Convertíos á mí y yo me convertiré á vos-

(1) Luc., I, 78-79.

otros„, se nos advierte que somos libres. Y cuando respondemos:—Conviértenos á ti, oh Señor, y seremos convertidos, confesamos que la divina gracia nos previene. Vemos en esto, desde luego, la grandeza de la misericordia de Dios nuestro Señor, á quien no hemos amado primero, sino que Él primero nos ha amado á nosotros.—David exclamaba: "¡Cuán bueno es Dios para los rectos de corazón!„ Esto le llenaba de reconocimiento y gratitud; mas esa bondad, contemplada desde el punto de vista de la gracia con que se digna prevenirnos, nos descubre una hermosura que arrebata nuestras almas y las llena de encanto; las efusiones de la divina misericordia se derraman abundantísimas entre la ondas de la luz y del amor, y nuestra gratitud queda más obligada y rendida cuanto es mayor la distancia que hay entre el pecado y la misericordia, que la que puede existir entre el hombre justificado y las nuevas gracias con que el Señor se digna visitarle; el pecador es enemigo de Dios, y es su amigo el que se halle en la divina gracia; por lo mismo, cuando ésta previene al primero, nos revela el Señor una bondad muy grande, y la misma gracia se nos descubre tan inmerecida como generosa. Si supiésemos cuánto ofende á Dios el pecado, y cuán fuerte es el muro de división que levanta entre la amistad de Dios y nosotros, quedaríamos verdaderamente sorprendidos al ver que Dios demolía ese muro y se acercaba á nosotros brindándo-

nos con su amistad. Esa bondad divina, ni cabe en el corazón de los hombres, ni su inteligencia la puede comprender.

Á fin de apreciar cuanto podamos la excelencia de la divina gracia y esforzarnos en conservarla íntegra y en toda su pureza en nuestro corazón, oigamos lo que dice el Apóstol sobre las grandes miserias que trae consigo el pecado, y no olvidemos las exhortaciones que nos hace tratando de elevarnos á la santidad que corresponde á un verdadero cristiano: "Y yo os conjuro de parte del Señor, que ya no viváis como todavía viven los otros gentiles que proceden en su conducta según la vanidad de sus pensamientos, teniendo obscurecido y lleno de tinieblas el entendimiento, ajenos enteramente de vivir según Dios, por la ignorancia en que están, á causa de la ceguedad y dureza de su corazón, los cuales, no teniendo ninguna esperanza, se abandonan á la disolución, para zabullirse con un ardor insaciable en toda suerte de impurezas. Pero en cuanto á vosotros, no es eso lo que habéis aprendido en la escuela de Jesucristo, pues en ella habéis oído predicar y aprendido, según la verdad de su doctrina, á desnudaros del hombre viejo, según el cual habéis vivido en la vida pasada, el cual se vicia siguiendo la ilusión de sus pasiones. Renovaos, pues, ahora, en el espíritu de vuestra mente ó interior de vuestra alma, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme á la imagen de Dios en justicia y

santidad verdadera. Por lo cual, renunciando á la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo, puesto que nosotros somos miembros los unos de los otros. Si os enojáis, no queráis pecar, no sea que se os ponga el sol estando todavía airados. No déis lugar ó entrada al diablo; el que hurtaba ó defraudaba al prójimo, no hurte ya, antes bien, trabaje, ocupándose en algún ejercicio honesto, para tener con qué subsistir y dar al necesitado. De vuestra boca no salga ningún discurso malo, sino los que sean buenos para edificación de la fe, que den gracia é inspiren piedad á los oyentes. Y no queráis contristar con vuestros pecados al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para la Redención. Toda amargura, ira y enojo y gritería y maledicencia, con todo género de malicia, destiérrese de vosotros. Al contrario, sed sumamente afables, compasivos, perdonándoos los unos á los otros, así como también Dios os ha perdonado á vosotros por Jesucristo. Sed, pues, imitadores de Dios como sois sus hijos muy queridos, y tratad con amor á vuestros hermanos, á ejemplo de lo que Cristo nos amó y se ofreció á sí mismo á Dios en oblación y Hostia de olor suavísimo„ (1).

Si es tan triste y funesto el abismo á que el pecado nos arroja, la elevación que causa la gracia en nosotros es verdaderamente admira-

1) Ephes., IV, 17 et seq.

ble y consoladora. Dios nos revela su poder y hace ostentación de las riquezas de esa gracia al disipar las tinieblas que envolvían el corazón, al purificarle, volviéndole en sol un instante resplandeciente y hermosísimo. "¿Quién puede volver limpio—preguntaba Job—al que fué concebido de inmunda simiente? ¿Quién sino Tú sólo?„ Y el poder y la bondad de Dios, que se nos han revelado con una largueza que nos sorprende y encanta, nos están pidiendo cantos de amor y de alabanza, de bendición y gloria; sí, bendito sea mil veces el brazo omnipotente del Eterno y su bondad inmensa, que así derrama las riquezas de su gracia en nuestras almas.

Quien ha disipado con la luz de su enseñanza las tinieblas del error, y ha querido franquear los tesoros de su gracia, comunica también su amor divino, y esto lo hace con una benevolencia incomprensible y llevado de su ardentísima caridad para con nosotros. Sus palabras, cuando de esto nos habla nuestro dulcísimo Señor, son verdaderamente admirables y conmueven profundamente todo nuestro afecto. "Yo vine á traer fuego á la tierra—nos dice,—y ¿qué otra cosa quiero sino que se encienda ese fuego?„ Cual si olvidar pudiese su grandeza, ábrenos su Corazón divino para que veamos en Él ese incendio de amor que le consume, los vivísimos deseos en que se abrasa por hacernos bien, y ¿quiénes somos nosotros delante de Jesús para inclinarse de esta manera su Corazón dulcísimo para abrasarle y con-

sumirle en el amor que nos tiene? "Doblo mis rodillas—decía San Pablo—ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual es el principio y la cabeza de toda esta gran familia que está en el cielo y sobre la tierra, para que, según las riquezas de su gloria, os conceda, por medio de su Espíritu, el ser fortalecido en virtud en el hombre interior, y el que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, estando arraigados y cimentados en caridad, á fin de que podáis comprender con todos los cantos, cuál sea la dilatación y longitud y la elevación y la profundidad de este Misterio, y conocer también aquel amor de Cristo hacia nosotros, que sobrepuja á todo conocimiento para que seáis plenamente colmados de todos los dones de Dios„ (1).

También nosotros adoramos al Padre de nuestro Señor Jesucristo. Padre que también lo es de nosotros, ya que nos ha adoptado en su Hijo Unigénito, en el cual nos ha hecho agradables á sus divinos ojos; y nuestra adoración llena está de humildad porque nada somos delante del Señor y de un amor dulcísimo y ardiente, porque á pesar de nuestra pequeñez, y á pesar también de todas nuestras culpas, se ha dignado colmarnos de todos sus bienes en Jesucristo nuestro Señor. En efecto; en este amadísimo Hijo de Dios tenemos la vida, la luz, la gracia y el amor. Si le seguimos no caminare-

(1) Ephes., III, 14-19.

mos por extraviadas sendas; si le rogamos nos dará su gracia y su divino amor, y entonces Él, que es en Sí mismo la vida, lo será también para nosotros; para esto necesitamos ser humildes, orar y mortificar nuestras pasiones. Á Él nos acerca la humildad, porque escrito está que el Señor, siendo como es, Altísimo, pone los ojos en los humildes, y mira como de lejos á los soberbios (1), y los que á Él se acercan son iluminados.

Si pedimos á Jesús el tesoro de su gracia, nos lo dará. ¿No hemos oído mil veces en el fondo del alma estas palabras del mismo Señor: "Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad á la puerta y se os abrirá„? (2). Tiene empeñada su palabra; cumplirá cuanto ha prometido, y además, su bondad infinita y el amor incomparable que nos tiene, le inclinan á darnos el auxilio de su gracia. ¡Oh, si comprendiésemos cuán grande es su bondad, qué ardiente y generoso el amor que nos tiene, caeríamos rendidos á sus pies para bendecirle y adorarle, lloraríamos de amor y de ternura, le daríamos todo nuestro afecto, y ni aun sabríamos qué hacer á fin de pagarle de algún modo el amor y la bondad con que se digna franquearnos sus riquezas!

"Porque sois hijos—dice el Apóstol—envió Dios á vuestros corazones el espíritu de su

(1) Psalm. CXXXVII, 6.
(2) Luc., XI, 9.

Hijo, el cual nos hace clamar: —¡Padre, Padre mío!„ (1). Nuestro amado Jesús, al volver á su Padre, iba á rogarle que mandase sobre nosotros su Espíritu divino, que es el que derrama en nuestros corazones la caridad de Dios. Todo lo debemos á Jesús, á su Padre celestial, á su divino Espíritu; mas este Espíritu ha venido por los ruegos de Jesús. Nos le da y establece en nosotros el Reino de Dios; amamos á Jesús y El nos comunica cuanto es posible su misma vida; la luz, la gracia, y el amor; y esto en su mismo Corazón; en ese Corazón que ha disipado las tinieblas del error y que lava las almas con su Sangre; en ese Corazón, principio de la vida, manantial inagotable de la gracia y centro del amor.

Una y otra vez ponemos los ojos en ese Corazón dulcísimo y de El recibimos nuevos torrentes de luz, inestimables riquezas de la gracia, y ardientes y purísimos incendios de santa caridad. El es nuestra vida, inmaculada y santa, vida que jamás se extingue, bellísima y llena de consuelo y de dulzura. "Vivo—decía San Pablo—en la fe del Hijo de Dios„ (2); también nosotros, por la gracia de Jesús. vivimos en su fe; en El esperamos y El es el objeto de todo nuestro amor; es nuestra vida aquí en la tierra, y lo será para siempre en el cielo.

Finalmente, si tomamos sobre nosotros la

(1) Gal., IV, 6.
(2) Gal., II, 20.

cruz de la mortificación, seremos de Jesús; ya que los que le pertenecen han crucificado su carne con sus vicios y malos deseos (1); y siendo de El, viviremos en su mismo Corazón, no seremos por cierto extraños á su amor, y El se dignará mostrarnos cuánto es el amor que nos tiene.

II

"Yo soy la verdad„; así nos lo asegura el enviado del Padre, aquél que vino al mundo para desterrar las tinieblas del error y enseñarle la ciencia de la vida; y no sólo eso, sino que es su enseñanza, son sus palabras de vida eterna. El mismo es la palabra substancial de Dios, porque El es la verdad inmutable y eterna. "El Padre—dice la Iglesia,—es veraz; el Hijo es verdad „ ¡Cuánta es la grandeza de Jesús! El Padre ni ha hablado ni jamás hablará otra palabra que ese Verbo divino que le es consubstancial, y en el que todo, ha dicho, que eternamente procede del Padre: "Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado.„ He aquí la luz de toda ciencia, la plenitud de toda verdad, el resplandor de toda gloria. En esa verdad hállanse escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y esa verdad es la virtud de Dios y la imagen de su bondad, más pura que la luz, porque á la luz siguen las tinieblas,

(1) Gal., V, 24.

y aquella verdad es indeficiente. No pueden igualarse con ella las riquezas, y el oro y la plata nada valen comparados con ella, porque es de un valor inestimable que nos hace participantes de la amistad de Dios

La verdad descubre un nuevo rasgo de su espléndida grandeza en su eternidad. "La sabiduría de Dios, que es su verdad, precede á todas las cosas y siempre estuvo con Dios, y es ante todos los tiempos„ (1). Nunca ha existido el Señor sin conocerse á Sí mismo; y este conocimiento es subsistente y perfecto, es eterno. Llega tal perfección á la unidad de la esencia; y es subsistente teniendo en sí mismo la divina substancia que ha recibido de su adorable principio; por eso el Padre y el Hijo son una misma cosa, y el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre; y quien vea al uno ve también al otro. Todo esto no ha comenzado en el tiempo, porque en el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.

Aquel conocimiento de que hablamos, no puede aumentar ni disminuir porque es inmutable y perfecto: es luz increada y tiene en sí mismo la plenitud de la verdad, es la verdad; por esto no hay grandeza alguna que pueda excederle, ni sabiduría que no posea, ni luz alguna que brille no en Aquel que es Dios de Dios, luz de luz, luz que brilla en las tinieblas y que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

(1) Eccles., I, 1.

Contemplemos ahora la verdad, que es Jesucristo, en sus relaciones con el hombre. Ella es nuestra grandeza, ella nuestra vida. La inteligencia y la voluntad es lo más noble de todo nuestro ser, lo que nos da la vida; mas ¿dónde está esa dignidad, dónde esa vida si la verdad no está con nosotros? La verdad es la luz que ilumina y eleva toda inteligencia; es el alimento que le conserva la vida; y por el contrario, el error la envilece y degrada, es el tósigo que le da la muerte. En efecto; siguiendo la voluntad lo que la inteligencia le enseña, hallándose ésta rodeada de tinieblas caminará por sendas extraviadas, llevando en pos de sí á la voluntad, ésta llamará luz á las tinieblas, virtud al vicio, y toda ignominia, y toda iniquidad serán para ella fáciles caminos. Allí están para probarlo los grandes filósofos de la antigüedad, y allí el mundo pagano. De tantas desgracias é ignominias sólo la verdad podía librarlos. Fuera de la enseñanza de la verdad, el hombre que no conocía ni adoraba la verdad, tenía que adorarse á sí mismo ó adorar sus pasiones, porque la inteligencia no podía vivir, careciendo de la verdad, sin alguna cosa que viniese á sustituirla. Ciertamente el error no podía proporcionar la verdadera vida, y si la inteligencia conservaba siquiera algo de esa vida, era por los débiles rayos de la verdad que se le comunicaban; y estos mismos rayos descubrían á veces los profundos abismos de la degradación y la ignominia, á cuya vista quedaban llenos de terror

los grandes filósofos del paganismo. Mas nada de esto podía restaurar la dignidad humana, tan degradada por el error y el vicio; la verdad tenía que presentarse por sí misma en medio de las tinieblas para disiparlas, y tenía que conversar con los pecadores á fin de convertirlos y santificarlos, y así lo hizo: "Yo soy la verdad—les dijo;—soy la luz del mundo y quien me sigue no anda en tinieblas...„ ¡Ay de nosotros si no se hubiese dignado visitarnos! ¡Aún estaríamos sentados en medio de las tinieblas y envueltos en las sombras de la muerte! Sea, pues, mil veces bendita esa verdad divina que descendió del cielo, el Hijo dc Dios, el Salvador del mundo.

"La verdad nació de la tierra„ (1). Al pensar en esto la admiración se apodera de nosotros, porque vemos cuánta es la bondad de Dios y la excelencia del amor con que se ha dignado honrarnos. Descender de lo más alto de los cielos y presentarse vestida de nuestra carne, era para esa verdad una humillación incomparable que, con razón, ha sido llamada anonadamiento. Cual si no pusiese los ojos en su propia dignidad y sólo pensara en socorrernos, quiso para esto elegir el medio más adecuado, á fin de mostrarnos la delicadeza y la finura del amor que nos tiene. Ni quiso detenerse por la infinita bajeza de nuestro ser, sino sólo atendió á la gravedad de los males que sufríamos

(1) Psalm LXXXIV, 12.

y al acercarse á nosotros extremó la benignidad y la dulzura de todos sus afectos. Prescindiendo de todo lo demás, esto debería bastarnos para amar á esa verdad dulcísima, tan buena y amorosa para con nosotros, y al llegarnos á ella á fin de darle el corazón, deberíamos hacerlo con una humildad muy grande, y al mismo tiempo con una confianza sin límites.

¿Qué podrá impedirnos el que así lo hagamos? ¿Su dignidad infinita? Mas nosotros, al confesarla y bendecirla, reconocemos nuestra pequeñez, cuán indignos somos de estar en su presencia, y atribuimos á su gran bondad el que se haya dignado visitarnos. Desde este punto de vista, nuestro amadísimo Jesús atrae dulcemente el corazón de todos sus hijos; es para nosotros la humildad de su divino Corazón como un derecho sagrado que nos asiste para tratar con El, con sencillez y con entera confianza, de todos los negocios de nuestra alma, para exponerle las aflicciones y necesidades que padecemos y pedirle que nos dé el socorro; y El, que es la verdad eterna de Dios, acogerá benignamente la sencillez y la humildad de nuestro ruego, y si estamos envueltos en las tinieblas del error, nos dará la luz, porque El es la suprema verdad; y si gemimos en el cautiverio del pecado, romperá nuestras cadenas, haciendo que la verdad, que es El mismo, nos dé la libertad de espíritu, y cumplirá en nosotros estas palabras de su Apóstol: "Vosotros

sois ya libres con la libertad que os ha otorgado Jesucristo„ (1).

Jesús, verdad eterna que nos libra del pecado, nos enseña en su Doctrina la sabiduría más elevada, la ciencia de la vida eterna. Oigamos lo que acerca de esto nos dice el libro de la *Imitación:* "Dichoso aquel á quien la verdad enseña por sí misma, no por figuras y palabras que pasan, sino tal cual es en sí misma. Nuestro propio juicio con frecuencia nos engaña, y nuestros sentidos alcanzan muy poco. ¿Qué aprovecha el querer intrincarnos en cosas ocultas y obscuras, pues que de no saberlas no seremos reprendidos el día del Juicio? Es gran locura que, dejando las cosas útiles y necesarias, nos ocupemos con gusto en las curiosas y que nos dañan. Verdaderamente tenemos ojos y no vemos. ¿Qué se nos da de los géneros y especies de los lógicos? De muchas dudas se ve libre aquel á quien hable el Verbo Eterno. De este Verbo Eterno salen todas las cosas, y todos predican á este Uno y este es el principio que nos habla, sin El nadie entiende ni juzga rectamente. Aquel para quien todas las cosas no tienen más valor sino en este Uno, y que las dirige todas á El, puede muy bien tener el corazón tranquilo y permanecer pacífico en Dios.

„¡Oh, Dios de verdad, hazme contigo uno en caridad perfecta! Muchas veces me molesta

(1) Gal., IV, 31.

leer y oir diversas cosas; en ti está todo lo que quiero y deseo. Callen todos los doctores, enmudezcan todas las criaturas en tu presencia, háblame Tú sólo.

„Cuanto más se encerrase uno en sí mismo y fuese más sencillo en su corazón, otro tanto entenderá mayores cosas sin trabajo, porque de lo alto recibirá la luz de la inteligencia. El espíritu puro, sencillo y constante, no se distrae aunque atienda á muchas cosas, porque todo lo hace á honra de Dios, y se esfuerza en desembarazarse de toda investigación que tenga por objeto el bien propio. ¿Qué es lo que más le impide y molesta, sino los desordenados afectos de tu corazón? El hombre bueno y devoto, ordena primero en su interior las obras que debe practicar exteriormente. Ellas no le arrastran á los deseos de una inclinación viciosa, sino que El las dirige según el dictamen de la recta razón. ¿Quién sostiene mayor combate que el que se esfuerza en vencerse á sí mismo? Y este debería ser nuestro empeño, vencerse cada uno á sí mismo, hacerse cada día más fuerte y adelantar en la virtud.

„Toda perfección en esta vida lleva consigo algún defecto, y toda nuestra perspicacia está envuelta en cierta obscuridad. El humilde conocimiento de ti mismo, es camino más cierto para Dios que la profunda investigación de la ciencia. No se reprueba la ciencia, ni el conocimiento de lo que en sí considerado es bueno y se encamina á Dios; pero siempre se ha de

anteponer la buena conciencia y la vida virtuosa... ¡A cuántos hace perecer la vana ciencia del siglo, porque cuidan poco del servicio de Dios! Se desvanecen en sus pensamientos, porque más les agrada ser grandes que humildes. Grande es, en verdad, el que tiene gran caridad; grande el que se tiene por pequeño y estima en nada los más encumbrados honores. Es prudente el que por ganar á Cristo, tiene como basura todo lo terreno; y es sabio el que hace la voluntad de Dios y renuncia á la suya propia„ (1).

Dios, que en otro tiempo nos habló por medio de los Padres y Profetas, lo hizo últimamente por medio de su Hijo. Esto es por parte de Dios una dignación incomparable, y para nosotros altísima honra y dicha muy grande, porque Dios no se desdeña de acercarse á nosotros, y al hacerlo oculta su Majestad y su grandeza, y nos trata con una benignidad dignísima de toda bendición.

La verdad de Dios al tomar nuestra carne, nos ha elevado y nos ha hecho participantes en cierta manera, de su misma grandeza, y esta unión que se ha dignado establecer con nosotros tan íntima y profunda, indisoluble y sagrada, es la gloria, es la dicha del hombre; porque en el Hijo de Dios, en su verdad eterna que ha encarnado por el amor que nos tiene, están cifrados todos nuestros bienes. Si El nos

(1) Lib. I, cap. III.

habla, nos comunica la ciencia de la vida, la luz de la verdad en su misma fuente. Si permanece con nosotros, no cesa de colmarnos de grandes beneficios; y si á El nos acercamos llevados de su gracia, la luz y el amor van aumentando á cada instante en nuestras almas. Jamás sus palabras nos pueden engañar, y su divina enseñanza encierra tesoros de altísima y profunda ciencia, y El encamina á Sí mismo todos nuestros pensamientos y cuidados, todos los deseos del corazón. El es el centro, El es el foco indeficiente de la luz, y por esto cuanto El nos enseña, tiene que volver á El con cánticos de amor y de alabanza; y nace de aquí ese comercio divino, esas relaciones de inefable dicha entre la verdad de Dios y nosotros, que traen consigo la paz del corazón.

A la luz de la enseñanza de Aquel que es la verdad, ¿qué es para nosotros la ciencia del mundo? Callen, pues, todos los doctores y enmudezcan todas las criaturas delante de Jesús; porque la verdad que brota de sus labios es altísima y llena está de santidad y vida; porque ella nos eleva sobre nosotros mismos, y ordena todas las cosas y las dirige á Dios, como no es capaz de hacerlo la ciencia de los hombres. Al callar esta ciencia, cediendo á la de Dios el lugar primero, se hará el silencio en nuestras almas, y á éstas Dios las llevará á la soledad, y allí tendrá que revelarles grandes Misterios, la ciencia de su amor, y á este amor dirigiremos nuestros pensamientos y deseos, y todas

nuestras obras serán embellecidas, sublimadas por la caridad de Dios.

El que es la verdad, nuestro amado Jesús, nos enseña á vencernos á nosotros mismos, y esta ciencia el mundo jamás la ha conocido, ni jamás llegará á practicarla, porque ella es luz que Dios comunica á los humildes, y poderosa fuerza que procede de su santo amor.

La verdad de Dios al acercarse á nosotros enseñándonos también que el camino que á ella nos conduce, es la humildad; porque Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes. Á la enseñanza de su divina palabra añade el ejemplo, porque Jesús, verdad de Dios, es manso y humilde de corazón. Esta verdad nos descubre en nuestro corazón nuevos abismos de miseria, profundidades insondables, donde reinan las tinieblas de la ignorancia y del pecado, y este conocimiento que la luz de Dios nos comunica, nos hace pedir un descanso á la misericordia del Altísimo y esperarlo todo de su gran bondad.

No pone la verdad de Dios la grandeza y la felicidad de nuestras almas en el goce de los bienes terrenos, porque nada nos aprovechará ganar todo el mundo si nos perdemos para siempre; nos habla de la caridad como la más excelente de todas las virtudes, vínculo de perfección que nos liga con Dios, porque quien permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él; porque esta santa virtud eleva nuestros pensamientos y pone en Dios nuestros

afectos. Sin ella de nada nos servirá para la vida eterna el que tuviéramos una fe tan grande que pudiésemos trasladar las montañas, y la limosna de todos nuestros bienes, y el entregar nuestro cuerpo á las llamas no nos servirían para ganar el cielo, pues sólo la caridad nos une con Dios y es acreedora á la eterna recompensa.

También nos enseña la verdad, que es Jesucristo, que es indispensable el cumplir la voluntad de Dios si queremos salvarnos, y semejante enseñanza llena está de una sabiduría toda del cielo, porque la voluntad de Dios es fuente de luz inextinguible, es rectitud y justicia, es la misma santidad, es benignísima y amable, es hermosísima, es la misma dulzura, y siempre quiere conducir á los hombres por el camino de la verdadera dicha.

¡Oh divino Jesús, Salvador nuestro, que sois la verdad de Dios, iluminadnos y conducidnos Vos mismo por los caminos de la humildad y del amor divino, y haced que cumplamos la voluntad de vuestro Padre aquí en la tierra, de tal manera que por ella consigamos la herencia de los cielos.